

## Los médicos del siglo xx

*Pablo Cuvi*

El aura de misterio y respeto que todavía rodea a la profesión médica era más fuerte en sus orígenes, cuando las funciones de curador, filósofo, adivino y guía espiritual estaban concentradas en la figura del chamán, o del *yachac*, en lengua quichua. Incluso hoy, muchos de los pacientes que acuden a la consulta esperan que el médico siga ejerciendo parte de esas antiguas destrezas vinculadas con la magia y lo sobrenatural.

El camino recorrido por la ciencia ha sido largo. Al inicio de su clásico libro de la evolución de la medicina en nuestro país, Gualberto Arcos nos recuerda a «la gloriosa Universidad de Córdoba, donde se concentró la ciencia y el saber árabes». Allí, los médicos medioevales interpretaron hieráticamente las enseñanzas de Galeno y esa influencia se extendió hasta América pues, «nuestra cultura, durante la Colonia, fue modelada sobre el aporte científico que los árabes introdujeron en Europa», y que se vio facilitado, ya que eran de origen árabe «los médicos sevillanos que casi en su totalidad se establecieron en las ciudades del Nuevo Mundo».<sup>1</sup>

Pero esa tendencia no encontró las condiciones para desarrollarse en estas tierras andinas, dominadas por los españoles, donde la medicina elemental, empírica y supersticiosa de nuestros aborígenes, ejercida por curanderos y brujos, siguió existiendo junto a la que estaba «en manos, no solo de físicos, boticarios y barberos, sino de frailes que alimentaron la superstición de los ingenuos, sustituyendo los filtros de los hechiceros indios con la atribución curativa a ciertas cristianas oraciones. La Salve, el Credo y los mismos evangelios eran como las hierbas medicinales, cálidos o frescos, laxantes o febrífugos, según el hábito del sacerdote que los administraba».<sup>2</sup> Y añade Navarro: «Oficio bajo el de la medicina, era el físico como se lo llamaba, una clase intermedia entre el barbero sacamuelas y el albéitar sangrador de los enfermos, mal pagado y mendicante».<sup>3</sup>

---

1 Arcos, Gualberto, *Evolución de la medicina en el Ecuador*, 3.ª ed., Academia Ecuatoriana de Medicina y Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Quito, 1979, p. 11. Arcos estudia a fondo la medicina que se practicaba en la época aborígen y durante el período colonial.

2 Navarro, José Gabriel, «A manera de prólogo», en Arcos, Gualberto, *op. cit.*, p. 6.

3 Arcos, Gualberto, *op. cit.*, p. 6.

Cito a estos dos autores porque, en pocas palabras, retratan el choque desigual de pueblos y culturas que tuvo lugar bajo el régimen de la Colonia y cuyas ramificaciones se prolongarán hasta fines del siglo XIX. Eso explica la imposibilidad de un pensamiento científico, frente al oscurantismo religioso, así como la persistencia de la cultura indígena, que solo empezará a ser reivindicada a partir del indigenismo que irrumpirá con fuerza en los campos de la literatura, la pintura y la política de la izquierda de los años treinta del siglo pasado. Pero vamos despacio.

### **Entre la medicina y la política**

Formalmente, el punto de partida de esta historia es la creación de la Facultad de Medicina del Departamento del Ecuador y Distrito del Sur, el 26 de octubre de 1827, siendo su director inicial el doctor Juan Manuel de la Gala, catedrático primero de Medicina.

Sin embargo, las funciones de la flamante facultad iban mucho más allá de los linderos, por demás estrechos, de la universidad fundada el año anterior, puesto que, al decir de Arcos, «se trataba de supervigilar todo cuanto de cerca o de lejos podía tener alguna relación con la medicina».<sup>4</sup> En términos actuales, diríamos que estaba más cerca de ser un incipiente Ministerio de Salud que debía enfrentar, con menguados recursos, una situación por demás calamitosa, agravada para colmo por la sangría que significaron las guerras de la independencia. Y enfrentar también la temible resistencia del empirismo y las supersticiones reinantes, de las que medraba un ejército de curanderos, flebotomistas y practicantes de toda especie. Y había que vigilar y poner orden en las boticas, muchas de ellas atendidas por personas sin la menor ilustración.

Seis décadas luego de la primera edición del clásico estudio de Arcos, serán Eduardo Estrella y Antonio Crespo quienes harán énfasis en las diferencias entre esa Facultad Médica, instalada desde la época de la Gran Colombia, y una Escuela de Medicina propiamente dicha, con funciones específicas. Si bien la Ley Bolivariana del 18 de marzo de 1826, válida para Caracas, Bogotá y Quito, mencionaba que «las Universidades Centrales comprende también la Escuela de Medicina», en la realidad esa escuela no fue instalada, y se iría desarrollando poco a poco a partir de la cátedra de Medicina. Estos autores consideran que la Facultad de Medicina, como la concebimos hoy, se constituye realmente con la Ley de Educación de 1863, dictada bajo el primer mandato de García Moreno.<sup>5</sup>

En ese contexto se agiganta la figura de José Manuel Espinosa, quien nació exactamente con el siglo, el primero de enero de 1800, y, en una lucha que nos recuerda a la de Espejo, para vencer las trabas que le presentaba el no pertenecer a la nobleza,

4 *Ibid.*, p. 255.

5 Estrella, Eduardo y Crespo Burgos, Antonio, *Historia de la enseñanza médica en Quito*, t. II, *Siglo XIX: positivismo y medicina nacional*, Ministerio de Salud Pública, Quito, 2009, p. 89. Este libro trae al final una muy extensa y muy rica bibliografía médica.

debió obtener del rey de España un título de caballero que le permitiera ingresar a la universidad de Santo Tomás.<sup>6</sup> Espinosa fue el primer médico graduado en la Universidad Pública del Distrito del Sur, nombre que asumiera el centro de estudios luego de la victoria del Pichincha,<sup>7</sup> y será también el primero de su profesión que alcanzará el rectorado de la Universidad Central en 1845, año de la transformación marcista, que supuso el fin de la dominación floreana. Entretanto, desempeñaría con clara inteligencia las funciones de catedrático de Medicina y director de la facultad en 1831.

Volvió en tres ocasiones el doctor Espinosa a ocupar el rectorado y en esas funciones se hallaba cuando García Moreno clausuró la universidad en 1864 con el fin de reestructurar el sistema educativo que se hallaba en soletas. En apretada síntesis, aparte de ejercer como diputado y senador, administraba también el hospital San Juan de Dios en el período 1854-1857, como lo anota Eduardo Luna en la historia de su querido hospital, tan vinculado a la enseñanza y a la práctica de los médicos en ciernes.<sup>8</sup>

El segundo médico que llegó a convertirse en rector de la universidad fue Miguel Egas. Oriundo de Otavalo, tuvo una larga carrera como maestro de las cátedras de Anatomía y Cirugía, así como de Medicina Legal e Higiene. Asumió el rectorado en 1878, pero al año siguiente fue desterrado por el general Ignacio de Veintemilla. Antes había participado activamente en la política como diputado a la Convención del 61 y al Congreso del 67. Junto con Espinosa, son pioneros de esa fértil rama de los médicos que incursionarán en la política, llegando en algunos casos hasta el mismísimo palacio de Carondelet, como Isidro Ayora y Aurelio Mosquera Narváez.

Otro cirujano muy destacado fue Rafael Barahona, profesor universitario y decano de la facultad en 1887. Barahona aprovechaba su posición de boticario del hospital para enseñar farmacia a sus alumnos. También alcanzó el rectorado, pero en su ejercicio médico «los fracasos no dejaban de serle frecuentes», al decir de José María Troya. Sobre todo, porque «no creyó en los microbios, de los que ya se hablaba en las postrimerías de su vida».<sup>9</sup> Una carrera semejante desempeñó Asensio Gándara, quien llegó a rector de la universidad en 1880 y 1897, esta segunda vez en los inicios de la época liberal.

Lo que llama la atención de estos personajes es que se daban tiempo para desempeñar varias otras funciones, políticas y culturales, apartadas del campo médico; hoy, en este mundo hiperespecializado, a duras penas un médico tiene tiempo para mantenerse al día en su especialidad.

6 Montero Carrión, José, *Maestros de ayer y de hoy. Valores de la medicina ecuatoriana*, t. 1, Imprenta Municipal, Quito, 1962, p. 63.

7 Paredes Borja, Virgilio y Mosquera Sánchez, Carlos, *Historia de la Facultad de Ciencias Médicas*, Editorial Universitaria, Universidad Central del Ecuador, Quito, 1977, p. 92.

8 Luna Yepes, Eduardo, *El hospital de la Santa Misericordia de nuestro señor Jesucristo de real patrocinio (Hospital San Juan de Dios de Quito desde 1706) 1565-1974*, CMSideas, Quito, 2004, p. 98.

9 Troya, José María, *Fragmentos de la historia de la medicina ecuatoriana*, inédito, citado por José Montero, *op. cit.*, p. 94.

Quien llevó al extremo la dispersión fue un miembro de la aristocracia terrateniente, Carlos Tobar Guarderas, que estudió Medicina solo por dar gusto a su padre, pero fue más entendido en muchas otras cosas: fue político, congresista, canciller de Antonio Flores y buen escritor. Llegó al decanato de la Facultad de Medicina en 1891 y poco después se convirtió en rector. Además de fortalecer al anfiteatro anatómico, «la Facultad de Medicina le debe la creación de las cátedras de Clínica Quirúrgica, Oftalmología, Medicina Operatoria y Obstetricia, en las cuales obligó al profesorado a dejar las clases teóricas y a dictarlas prácticas en el hospital».<sup>10</sup>

### Los que trajo García Moreno

Es a un exrector muy particular a quien le correspondió marcar el hito más notable, aunque fugaz, en la lenta y azarosa evolución de la medicina nacional. Me refiero a Gabriel García Moreno, quien dirigió la Universidad Central en 1857, antes de lanzarse a la conquista del poder. No cabe reseñar aquí sus múltiples actividades, algunas de ellas muy cuestionables desde el punto de vista de la dignidad y los derechos humanos, pero en la promoción de la ciencia, y de la medicina en particular, fue un auténtico adelantado. Él trajo a los dos médicos franceses, Etienne Gayraud y Dominic Domec, quienes llegaron con moderno instrumental y, en el corto período que estuvieron aquí —aunque Domec regresaría años después—, introdujeron el uso de la anestesia y de la antisepsia que había revolucionado a la medicina europea años atrás.

No solo eso, sino que Gayraud, quien fungía también como decano de la facultad, apoyado rotundamente por el presidente García Moreno, construyó, junto al hospital San Juan de Dios, el anfiteatro para la enseñanza de Anatomía. Como señalan Estrella y Crespo, «Gayraud y Domec son los pioneros en introducir al país el positivismo médico mediante la difusión del conocimiento clínico y las destrezas quirúrgicas en la enseñanza».<sup>11</sup>

¿Qué significaba esto del positivismo ante el oscurantismo religioso que imperaba acá? Según Virgilio Paredes, a diferencia de la metafísica, la ciencia positivista estaba fundada «en la observación sensorial o instrumental, racionalmente ordenada en leyes destinadas a dominar la naturaleza y hacer la felicidad del hombre sobre la tierra».<sup>12</sup>

Emparentada luego con la Revolución Liberal, esa concepción del mundo y de la ciencia iba a predominar en nuestro medio hasta bien avanzado el siglo xx. Sin embargo, conocidos cirujano, tales como el doctor José Darío Echeverría, quien fuera alumno de Gayraud y Domec, siguieron practicando una cirugía bastante primitiva como lo muestra una clásica fotografía donde Echeverría simplemente se arremanga

10 Montero, José, *op. cit.*, p. 194.

11 Estrella y Crespo, *op. cit.*, p. 161.

12 Paredes, Virgilio, *op. cit.*, p. 187.

la camisa y procede al aire libre. No era casual, entonces, que pocos de los operados lograran sobrevivir al calvario del dolor, las infecciones y la contaminación.

Y no era que en este hueco de los Andes se ignorara lo que estaba pasando en la ciencia occidental, sino que muchos galenos se rehusaban a aceptarlo. No hacía mucho que Luis Pasteur había descubierto la vacuna contra el cólera cuando otro de los profesores traídos por García Moreno, el botánico y jesuita alemán Luis Sodiro, gestionaba ante el presidente Antonio Flores Jijón la contratación de Gustavo von Lagerheim, experto en bacteriología, quien arribó al país a fines de 1889 con el primer microscopio que se veía por estas tierras.

«Fue von Lagerheim el primero que explicó bacteriología e hizo ver microbios en el país. Hizo viajes con el padre Sodiro, tomó datos para sus publicaciones sobre fitobacteriología, instaló un laboratorio en su domicilio en Quito, donde enseñaba bacteriología a los alumnos de la Facultad de Medicina, que poco o nada se interesaron en aprenderla, valorizarla y practicarla», nos cuenta Paredes.<sup>13</sup> Aburrido y decepcionado, el alemán rescindió su contrato y volvió a su patria tan solo tres años después de haber llegado.

Nos hallamos a las puertas de la Revolución Liberal de 1895 que marcará un cambio radical en todos los campos de la vida nacional.

### **En el museo de Medicina**

Para tener una idea más concreta de la medicina que se practicaba en Quito a partir del siglo XIX, nada mejor que una visita al Museo Nacional de Medicina Eduardo Estrella, que antes funcionaba en el viejo hospital San Juan de Dios y hoy se encuentra en uno de los pabellones del antiguo hospital Eugenio Espejo.

El fuerte sol de la mañana quiteña se refleja en las paredes blancas de los edificios restaurados y alumbra al corredor abierto que conduce hacia el museo. Allí me recibe su director, Antonio Crespo, amable y extrovertido, y me guía por las instalaciones, entre los objetos y las imágenes que aquí se exhiben: grandes ampliaciones de fotos en blanco y negro que se remontan a la época cuando el doctor Echeverría operaba sin ninguna asepsia. Hay una hermosa colección de frascos sobre una mesa central, que tiene como telón de fondo los potes y pomos blancos de porcelana alineados en un estante, cada uno con la leyenda original que anunciaba su contenido; hay diversos tipos de morteros donde se preparaban las recetas; también una hermosa colección de estufas de cobre en medio de aparatos, microscopios, sillas y diversos tipos de instrumental quirúrgico que, de solo verlos e imaginarlos en acción, producen un escalofrío al visitante.

Crespo dice que a Eduardo Estrella, el creador del museo, le afectó mucho que la administración municipal de Mahuad les hubiera obligado a desplazarse de su hábitat histórico cuando decidieron montar allí el Museo de la Ciudad. Me muestra también diversos libros de colección, como el clásico de Gualberto Arcos, al que me

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 210.

referí anteriormente. Finalmente, nos sentamos a conversar delante de la pequeña grabadora Sony que me acompañará a lo largo de esta entrevista.

Empecemos con José Manuel Espinosa, el primer graduado de médico en 1823, en la Universidad Pública del Distrito del Sur, así nombrada a raíz de la batalla del Pichincha

Primero, aclaremos el origen: en la investigación que hicimos con Eduardo Estrella comprobamos que en 1693 se crea, no la Facultad de Medicina, sino la primera cátedra de Medicina, porque se llamaba así en la universidad religiosa de los dominicos que funcionaba en un claustro de lo que ahora es el colegio Sagrados Corazones, pegado a la plaza de Santo Domingo.

Recién en 1827 se llama Facultad Médica; eso escribe el primer historiador, que no es Virgilio Paredes, sino Gualberto Arcos, que fue rector de la Universidad Central y creador del Partido Comunista. Él encuentra documentos que dicen: «se crea la Facultad Médica» y él piensa que esa es la Facultad de Medicina, pero nosotros llegamos a la conclusión de que lamentablemente no fue así.

### **¿Cómo fue, entonces?**

Facultad Médica era en ese entonces una institución paralela a la cátedra, que tenía la facultad para hacer estudios en general o dar una especie de asesoría; a ellos se les entregaba, por ejemplo, toda la documentación de los que se iban a graduar. Y ellos se pronunciaban: este señor cumple o no cumple.

### **¿De modo que siguió funcionando la cátedra de Medicina en la Universidad Central que se funda en 1826?**

Exactamente. Y resumiendo, la facultad, no Médica, sino de Medicina actual proviene de la época de García Moreno. García Moreno trajo a dos médicos franceses, Gayraud y Domec, para hacer una reforma que no se había hecho porque solo hubo un cambio de nombres en la época de Sucre. Antes hubo el decreto de Urbina de la famosa libertad de estudios, que fue el motivo del caos. Urbina dice que una persona de cualquier campo se puede graduar en el tiempo que crea conveniente. Y García Moreno clausura todo, excepto la Facultad de Medicina.

En su historia, Virgilio Paredes reproduce un pénsum. Comparando, me sorprendió que, un siglo después, no habían cambiado mucho las materias básicas: Anatomía, Fisiología, Terapéutica, Cirugía. ¿Qué estaba pasando en el mundo de la medicina en el inicio de la República?

Hay algunas novedades que aquí no se dan, hay unos cambios de mentalidad muy importantes en Europa porque quieren llegar a la esencia misma de las enfermedades, tratan de encontrar la etiología misma, que en gran medida era producto de elucubración porque todavía no se conocía el asunto de las bacterias, pues eso solo llegará a mediados del siglo XIX.

Digamos que es el cambio completo que se da con el positivismo de Augusto Comte: nada es realmente científico si no lo demuestras, si no hay las pruebas. Por ejemplo, el microscopio, que ya existía desde el siglo XVII, mejoró mucho, yo diría en la tercera década de siglo XIX. Antes se le daba el nombre de microscopía ilusoria porque no observabas (*sonríe*), porque veías todo menos el objeto que querías ver. El mayor problema eran las epidemias.<sup>14</sup>

Se seguía enseñando Anatomía, por ejemplo, en libros antiguos y con exámenes de memoria. Juan Manuel de la Gala fue el primer director de la Facultad Médica, un hombre que hizo una cantidad increíble de cosas y que no ha sido reconocido, igual que José Manuel Espinosa, quien será el creador de la primera sociedad médica y rector de la Universidad Central casi diez años seguidos.

*(Habla también de Lister, quien estableció en Europa la asepsia y la antisepsia quirúrgica en 1867. Innovaciones radicales que traerían acá Gayraud y Domec).*

Gayraud fue decano de la Facultad de Medicina de Montpellier; Domec era un médico recién graduado allí mismo, alumno de Gayraud. Ellos vienen en 1873 a hacer la gran reforma de García Moreno, pero García Moreno muere en el 75. En el hospital San Juan de Dios, en cirugía, introducen la anestesia con cloroformo, y Gayraud le propone a García Moreno la creación del primer anfiteatro, que se construye junto al San Juan de Dios.

### **¿Qué cambió en la práctica, ya que ellos se marcharon a poco de la muerte de García Moreno?**

Muy poco. Un célebre cirujano, José Darío Echeverría, seguía operando sin asepsia ni antisepsia. Seguía la anterior tradición europea de que el mejor cirujano era el que más rápido operaba; lo que pasaba después ya no era problema de él. Ya en 1883 se empieza a publicar *Anales de la Universidad Central*, donde colaboran González Suárez y todos los sabios de la época. Y también se crea la Sociedad Médico Quirúrgica de Quito, que empieza a sacar su propia revista. Después, Guillermo Ordóñez asume la propuesta de Domec en el sentido de enseñar anatomía en el cadáver, la anatomía disectiva, como se ve en la foto esa que está en el museo. Ordóñez ya usaba el cloroformo y la antisepsia. En 1914 llega al San Juan de Dios el primer aparato de anestesia, el de Ricard, que lo tenemos en el museo, algo simple, un recipiente metálico, una manguera y una mascarilla.

<sup>14</sup> Empezando por la viruela, que motivó la investigación de Eugenio Espejo. Acto seguido, a principios del siglo XIX, la Corona patrocinó una expedición con niños a los que se iba vacunando, entre ellos, contra la viruela. Era la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, dirigida por Balmis y secundada por Salvany, quien llegó con cuatro niños a Quito en julio de 1806. Luego arrancaron las guerras de la independencia, que dejaron al futuro Ecuador en una situación calamitosa, lo que deterioró aún más la educación